ACTO DE HOMENAJE A RAFAEL ÁLVAREZ COLUNGA, ORGANIZADO POR LA ACADEMIA IBEROAMERICANA DE FARMACIA Y LA ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES Y DEL MEDIO AMBIENTE DE ANDALUCÍA

Sevilla, diciembre de 2009

Pº de la Castellana, 3
28071 - MADRID
TEL: 91 273 10 29 / 11 54
FAX: 91 273 10 12

Señoras y señores

Hay personas cuyas características individuales y cuyas trayectorias hacen que resulten especialmente atractivas para todos los que tienen la suerte de coincidir con ellos en algún momento de la vida. Son esas personas que transmiten alegría, que contagian las ganas de vivir. Esas personas que transitan la vida teniendo siempre la esperanza en el horizonte.

Rafael, Rafael Álvarez Colunga era una de esas personas. Una persona singularísima, excepcional, entrañable e irrepetible, hasta el punto que siendo tan terrenal, tan de aquí, tan de la tierra andaluza, para muchos pudo parecer un personaje de novela.

Empresario, farmacéutico, gastrónomo, amante de los caballos, del flamenco, del campo, apasionado de los barcos y del mar, Rafael supo vivir la vida con realismo pero sin amarguras, transmitiendo la imagen perfecta y perenne de la felicidad, porque él tuvo siempre quiso hacer la vida feliz y agradable a todos los que estaban en su entorno.

Quiero decirles a todos ustedes que conocí hace muchos años al Sr. Álvarez Colunga, y que, en consecuencia, tuve muchas oportunidades para apreciar sus cualidades. Fueron muchos años de relación, personal e institucional. Y, puedo decirles que, si para todos nosotros Rafael fue una buena persona, para mí, además, fue un amigo.

Todos ustedes le conocían y saben de su talante y de su forma de ser y, por ello, es un poco inútil y seguramente bastante reiterativo, describir, aquí y ahora, las cualidades de Rafael Álvarez Colunga.

Quizás valga más que comparta con todos ustedes lo que, como persona, más valoraba y admiraba de él.

Y, en mi opinión, por encima de muchas de las particularidades de su forma de ser y de vivir, creo poder afirmar que era uno de esos andaluces a través de cuya vida se podría contar –y entender- la historia de Andalucía de las últimas cuatro décadas. En realidad, detrás de su personalidad desbordantemente extrovertida, podríamos encontrar el reflejo de un profundo cambio social y cultural del que Álvarez Colunga fue, al tiempo, estandarte y protagonista.

Porque tras la simpatía de su expresión, se escondía el rigor del intelectual; tras la campechanía en el trato, se ocultaba el profundo respeto, del que siempre hizo gala, a las personas y a las instituciones; tras la imagen divertida, podríamos ver con facilidad al hombre trabajador, metódico y entregado a sus objetivos sociales y empresariales; tras la pasión por el folklore, estaba su amor profundo por la cultura andaluza; tras el aprecio por sus queridos paisajes locales y regionales, Rafael fue siempre cosmopolita, ecuménico y universal.

Así fue Rafael, y así lo quisimos. Y debo decir que Andalucía le debe mucho.

Le debe mucho por su compromiso con la democracia en los años de la transición, en los que no tuvo reparo en asumir riesgos o incomprensiones para ayudar a que el pluralismo de la sociedad española tuviese medios para manifestarse y salir del ahogo de aquel tiempo triste y gris.

Le debe mucho por su vocación empresarial. Por su sana ambición que siempre le caracterizó y que es, siempre, una condición del éxito en el mundo de los negocios. Por su capacidad para explorar nuevas vías, de salirse de las rutas trilladas, de abrirse a nuevas perspectivas. El fue uno de los que nos enseñó que la economía andaluza ya no podía tener fronteras, que había que internacionalizar nuestras empresas, que había que aprender a competir en todo el mundo.

Andalucía le debe mucho también por su apuesta por el mundo universitario, por la educación, por la innovación, una apuesta que él entendió como el único camino para abrirse paso con garantías en el escenario de la globalización. Siempre creyó en la universidad y en la escuela como instrumentos de progreso y desarrollo y luchó por ello con todos los medios que tenía a su alcance. Rafael fue, también, un difusor de la cultura emprendedora, del afán de emprender nuevas actividades empresariales que han caracterizado estos últimos veinte años de Andalucía.

Le debe mucho también nuestra tierra y nuestra sociedad por la labor que realizó como dirigente empresarial.

Rafael supo dar un impulso definitivo a la CEA, la fortaleció como organización, la prestigió y, de hecho, la convirtió en un elemento central de articulación social y territorial de Andalucía.

Y, con él, la CEA y el empresariado andaluz ganaron un peso importante en el escenario español y eso, también, redundó positivamente en la fortaleza y el peso de toda Andalucía. Con Rafael se fortaleció el tejido empresarial andaluz que mayoritariamente son PYMES pero que adquirió una solidez de la que antes carecía. Y contribuyó decisivamente a derribar muros de ignorancia y a acabar con los tópicos que tanto daño han hecho a Andalucía en general y a su empresariado en particular.

Durante los seis años de su mandato al frente de la Confederación de Empresarios de Andalucía, en muchas ocasiones defendimos posturas distintas y, a veces contrapuestas. Pero siempre supimos y pudimos alcanzar acuerdos, fruto de su enorme capacidad de entendimiento y de su facilidad para limar asperezas y buscar puntos de encuentro. Porque Rafael era un hombre de robustas convicciones, pero que sabía ser flexible y dialogante. El siempre supo distinguir los intereses generales de los particulares.

Valoró en todo momento la importancia de las organizaciones sindicales y por ello, con el pragmatismo y eficacia negociadora que le caracterizaban, supo desarrollar, junto a la Junta de Andalucía, una política de Concertación Social, elemento fundamental para el desarrollo económico y social de Andalucía, que, en sus más de 15 años de vigencia, ha demostrado sobradamente su utilidad.

Fue el rostro de la Andalucía posible, de la Andalucía de la esperanza, con la mente siempre abierta y el corazón lleno de ansias de libertad y de progreso. Al fin y al cabo, la vitalidad de nuestra economía y de nuestra sociedad depende, en gran medida, de nuestro tejido empresarial, de su dinamismo, de su voluntad de asumir riesgos y de su habilidad para aprovechar oportunidades.

Por ello, queridos Mercedes y Jaime, permitidme que afirme que Rafael no fue sólo patrimonio de sus innumerables amigos, ni siquiera de su familia, sino que fue patrimonio de todos los andaluces.

Recordamos con tristeza a Rafael, pero al mismo tiempo debemos sentirnos afortunados por haberle tenido entre nosotros, por ser conscientes de lo que nos dio, por enriquecernos con ello y por poder honrarle hoy como un símbolo de lo mejor de Andalucía.

En el recuerdo de todos quedará siempre su ejemplo, su categoría humana, su peculiar e irrepetible estilo personal, su generosidad, su sentido de la amistad, su vitalidad y su optimismo.

Pasarán los años y recordaremos la sonrisa de Rafael Álvarez Colunga; la sonrisa de un empresario valiente y de un dirigente comprometido que supo triunfar en lo que más valoraba: sus amigos.

Gentes como Rafael, que nos dieron tanto, merecen quedar en la memoria personal y social porque su testimonio nos enriquece y su trayectoria nos hace mucho mejores.

Muchas gracias.